

SOLEMNE ACTO DE INICIO DEL PROCESO DE CANONIZACION DEL INGENIERO
MARIO HIRIART PULIDO.

Extensión, agosto 28 de 1996.

Hace unos minutos que tuvo lugar una ceremonia parca y sencilla: el inicio del proceso de canonización de Mario Hiriart, acto por el cual se ponen los antecedentes en manos del juez eclesiástico que lo es el Arzobispo de Santiago.

En este momento nos juntamos a pensar un momento en el significado de lo que ha ocurrido, y concretamente en el sentido que tiene para esta universidad y para sus miembros.

La canonización, el reconocimiento oficial de la santidad de una persona, es en primer lugar una acción de gracias a Dios, que ha hecho tales cosas por los hombres como hacerlos participar de su Vida y su Gloria. El santo es ante todo el hombre que hace manifiesta la santidad de Dios, y que despierta en nosotros el estupor de que el humilde vaso de nuestros cuerpos mortales pueda ser llenado así por la Santa Presencia.

Tal como lo experimentó el profeta Elías en la cueva del Horbe, esa santidad no se expresa en estrépito de palabras, ni en la pobre arrogancia del poder terreno. Ella penetra como un suave soplo de viento en vidas sencillas, vidas iguales a las de muchos otros hombres y mujeres, pero vidas que se han dejado inflamar por el amor de Dios, y que arden ocultamente en el deseo de su Rostro. Son ellos los que forman esa nube dispersa de testigos que desde la mañana de la Resurrección van contando y transmitiendo con su ejemplo, el recuerdo y la vigencia de las grandes cosas que ha hecho Dios por los hombres.

El santo nos enseña que la vida del hombre no es insignificante, que ella no está destinada a perderse como un grano de polvo en un torbellino de granos de polvo; y que por lo mismo no necesita de pretensiones arrogantes para hacerse valer. Ella tiene un valor infinito porque Dios se inclinó sobre ella y la amó - a la vida de cada uno - con un amor de predilección que sólo busca ser correspondido.

Por eso, cada santo tiene una fisonomía propia, inconfundible: es en las peripecias de su vida particular, en los instrumentos de su oficio, en sus pequeñas alegrías y sus humildes dolores donde vemos que las cosas humanas más corrientes se transmutan en signos de la acción de Dios.

Porque creemos haber visto esa luz en uno que fue de los nuestros es que traemos hoy día su nombre, su vida y su ejemplo al juicio de la Iglesia, en la esperanza y el

deseo de que su autoridad soberana e infalible confirme lo que ha llegado a ser una piadosa convicción respecto de Mario Hiriart.

Mario Hiriart fue un ingeniero, un profesional penetrado por el gusto y el estilo de su oficio. El mismo veía su vida con los puntos de inflexión de una curva en el plano, en los focos de la elipse leía un símbolo de la existencia del hombre frente a Dios, mientras, expresaba en vectores la colaboración del hombre a la creación de Dios. Amaba la belleza exacta y la solidez del cálculo y de la obra de ingeniería bien planeada, pero sabía bien que lo único real, lo único verdaderamente objetivo era poner todo eso en las manos del señor de la Vida y del Mañana.

Fue un profesor, enamorado de hacer las cosas de la enseñanza bien, pero cálidamente anheloso de entregarse por entero a sus alumnos, consciente de que estos no necesitaban sólo de su enseñanza, consejo o compañía, sino - sobre todo - de la oración y la mortificación de aquel a quien había sido confiada su formación intelectual.

Ante la Virgen María, entendió lo que él llamaba la "espiritualidad del cáliz", el estar enteramente ordenado respecto de su centro, de su contenido, estar erguido, abierto hacia el cielo y sólidamente asentado en la tierra.

Tuvo colegas, amigos y alumnos que lo admiraron y amaron, y que recogieron su constante y amable testimonio. Son ellos los que han atesorado su recuerdo que ha traído luz y fuerza a sus propias vidas: el recuerdo de un joven que transitó por los mismos claustros que recorreremos a diario; que hizo el mismo género de oficio que cotidianamente hacemos los docentes y alumnos de esta casa; que dispensó afabilidad y deseo de ayudar; pero cuyo secreto no era su bonhomía personal, sino el que se había dejado encontrar y tocar por el Buen Pastor y que había hecho su pasto, no de las cosas buenas que le daba la vida sino de hacer la voluntad de Dios, acompañando a la Madre de Cristo, recurriendo a ella en su esperanza y su aflicción, y aceptando con amor y alegría la muerte en plena juventud.

Compañero y hermano de los que trabajan aquí, ingeniero cabal, profesor dedicado, amigo leal, sereno en la alegría y alegre en el dolor, nos parece que vemos en el trayecto de su vida la marca de los que aceptan de pleno corazón la elección de Dios, y por eso es que se ha propuesto su nombre a la Iglesia para que acepte inscribirlo entre los que marcan su itinerario en la historia: porque el rojo hilo conductor en la vida de la Iglesia no son los sabios, ni los inteligentes, ni los teólogos, ni los ricos, ni los pobres, sino los santos. Y por eso ellos son el tesoro de la humanidad, y no habría para ella una mayor miseria que la de no tener santos.